

JORGE TEILLIER, SU UNIVERSO POETICO

por JORGE VÉLEZ

Bajo el sello editorial "El viento en la llama" apareció al terminar el año 1963, el cuarto libro de poemas de Jorge Teillier; lleva el sugestivo título "Poemas del país de nunca jamás". Este volumen forma parte de la colección de escritores nacionales que viene publicando Armando Menedín, esfuerzo realmente meritorio, ya que se trata de una iniciativa particular.

La personalidad literaria de Jorge Teillier es ampliamente conocida; se le considera como uno de los valores más representativos de la nueva poesía chilena. Su obra poética es de austera factura; no obstante su juventud (28 años), es notable la armonía lograda entre los materiales que constituyen su universo lírico y los medios de expresión. De ahí que a nadie extraña ya el extraordinario significado que va asumiendo su aporte en estos dominios del arte. Sucesivamente ha obtenido el Premio "Alerce" de la Sociedad de Escritores de Chile (1958), el Premio Gabriela Mistral (1961), el Premio Municipal (1962), para señalar sólo los más importantes. Es claro indicio de un reconocimiento tácito a los méritos de su poesía.

El último libro de Teillier nos incita a avanzar algunas consideraciones respecto a su experiencia poética. Trataremos, por lo tanto, de establecer algunas ideas que nos permitan acercarnos al mundo esencial de sus vivencias. Y los "Poemas del país de nunca jamás", son una especie de clave a tal propósito. Sin diferir substancialmente de las obras precedentes en cuanto a las motivaciones emocionales de su entonación lírica, notamos, sí, un mayor acendramiento, un más estrecho vínculo entre el poeta y aquellas criaturas y objetos que se desplazan un poco entre la vigilia y el sueño a través de sus poemas. Es evidente una más alta tensión, una madurez síquica que, mediante lo maravilloso, permite entrever un orden de lucidez donde se define en un modo conmovedor una imagen del hombre concreta, solidaria, afirmativa, ajena a la desolación y la desesperanza. Tal es la sensación última que se desprende de la lectura de este libro.

El universo poético de Jorge Teillier es complejo y de una notable riqueza de matices y de símbolos. No obstante ser una poesía de la sensibilidad juvenil, es decir, una poesía cuya fuerza y movimiento lírico emanan de las aventuras y los juegos de la adolescencia, advierte el lector atento un manejo sutil e inteligente de esos materiales de carácter aparentemente trivial, pero en el fondo, cargados de lo mara-

villos. El tono, la organización del poema, la imagen, responden a fórmulas premeditadas y conscientemente antiintelectualistas. Es un rasgo esencial de la poesía. Pero no siempre se comprende así. Y más de alguien suele engañarse en este respecto. No se necesita mucha perspicacia, pero sí un espíritu alerta, sensibilidad y gusto por la verdad poética, para comprender al poco de leer algunos poemas de Teillier, que estamos frente a un verdadero creador en la verdadera acepción de la palabra.

"Los mundos imaginarios siempre han sido el habitáculo natural del poeta" dice un excelente crítico europeo. La frase es justa. Por lo demás, Apollinaire definió al poeta en versos memorables:

*Perdón para los que trabajamos
en las fronteras de lo ilimitado y del porvenir.*

¿Es fuga de la realidad, renuncia a compartir con sus semejantes la incertidumbre, el drama del vivir cotidiano? ¿o es, por el contrario, una manera particularmente valerosa de aceptar la realidad material y espiritual del hombre, como asimismo, una búsqueda de aperturas hacia más altos poderes, los poderes de la inteligencia aún ocultos de este ser que se realiza? Viejas preguntas para las cuales hay, también, viejas respuestas. Mas, conviene analizar cuidadosamente lo que el poeta enuncia. El interroga, efectivamente; pero no hay que olvidar que es, a la vez, "el gran respondedor". ¿La intención secreta de la poesía no será zanjar la querrela que existe en el universo entre el orden y el desorden? De ahí, tal vez, su anhelo de vastas síntesis y sus trabajos oscuros y terribles por la conquista de "nuevas formas de azar".

La poesía de Jorge Teillier refleja una realidad que es definida e indefinida a la vez, que existe y no existe, que se acerca de un modo misterioso a nosotros y sin embargo sentimos que se aleja, que se desvanece en sueños, en otros niveles de conciencia. Porque el mundo de las aperturas líricas de este poeta refinado y culto, está incubado por los sueños de la adolescencia, la etapa de las más nobles exaltaciones. La etapa donde toda experiencia vivida o soñada se condensa en un absoluto. De lo que resulta un universo contradictorio y dramático dada la imposibilidad de lo definitivo, lo acabado. De ahí el sentimiento de

frustración, de anhelos deshechos; el tiempo dejará deambulando en la memoria los fantasmas de todo lo que participó de esa ventura idílica:

*Si pudiera regresar
 ¿te encontraría más nítida
 que en mi memoria fiel?
 La manera de ponerte
 una cinta en el pelo,
 el tren donde subíamos,
 la canción que silbabas
 cuando preparaste desayuno:
 "I walk alone".
 Si pudiera regresar.*

Después de la trazadura síquica que hiende los innumerables caminos del universo desarraigándonos de nuestras primeras aprehensiones, lentamente llega a un nuevo estado de conciencia que nos integra a un sistema de valores con los cuales, empero, el espíritu está en pugna. Entonces, la nostalgia se apoya. Se añoran aquellos momentos que nos dieron la sensación de la verdadera libertad. Los matices, los ritmos, los sabores, los objetos que encendieron la imaginación, quedan. Una constante de carácter singular se establece en el espíritu del poeta: aquel élan que le permite tejer la urdimbre de sus relaciones líricas. Es la nueva nebulosa que empieza a formarse con estos materiales hasta dar textura a un universo inédito. Después vendrán otras experiencias: vacilaciones e incertidumbres, desdichas y alegrías, momentos de ternura y momentos amargos. Pero, ahora, pesa sobre ellas un sentimiento dramático de la existencia. Mas todo estará sometido a las leyes de la tensión de las visiones primeras; se ha creado, pues, una especie de campo magnético que fijará la luz de esas "estrellas eternas de la adolescencia" de que nos habla el poeta en el hermoso poema dedicado a Alain-Fournier, el autor de "El Gran Meaulnes", quien en plena juventud fue consumido por el fuego demasiado intenso de sus sueños.

Ya en los primeros versos del epígrafe tomado de un poema de Marc Chagall prepara el clima de sensaciones profundas que el lector irá percibiendo en las páginas de los "Poemas del país de nunca jamás".

*Sólo es mío
 el pueblo que está en mi alma*

Teillier es, ante todo, un poeta receptivo. Su sensibilidad fija con extraordinaria precisión el acto, el gesto, el incidente: la ráfaga de viento que rompió la rama del manzano, el silbido del viajero que ocultan las sombras de la noche o la lluvia que cae sobre un

rostro dibujándolo con luces lívidas. Es un poeta que se distingue por su asombrosa capacidad como creador de atmósferas, de encantamientos; es el descubridor de tiernas relaciones entre los objetos más humildes y el acontecer cotidiano. Su inteligencia está siempre atenta ante los hechos más simples, ante lo que es común y, por lo tanto, pasa inadvertido a todos. Estos elementos son tratados con finura y dignidad inconfundibles; son colocados en una situación de realidad vital apareciendo, de este modo, ennoblecidos por los modos del arte. Estamos frente a una individualidad plenamente comprometida en la gran aventura del espíritu, aventura que tiene su punto de partida en un hiato de la historia del universo, precisamente, para definir al hombre como el ser despierto o aquel que tiene las posibilidades de ver, y hasta de ejercer control sobre las realidades profundas.

Pero el poeta tiene sagaces y delicadas maneras para mostrar con sobriedad formal estos encadenamientos vitales. El esteta, que existe inevitablemente en todo verdadero creador, aparece aquí premunido de los instrumentos intelectuales que le permiten el poder de la expresión. Expresarse. He aquí lo que ha logrado el autor de los "Poemas del país de nunca jamás". Ha logrado salvar el escollo terrible; ha entrado al recinto del canto y pertenece a los elegidos. Pertenecer a los trabajadores de este reino esquivo del lenguaje donde es aceptado sólo aquel que logra comprender la relación exacta entre la palabra y lo que ésta designa, integrándola al proceso vivo del conocimiento como símbolo, como hecho cultural.

*Detrás de nuestros párpados surge el invierno
 trayendo una nieve que no es de este mundo
 y que borra nuestras huellas y las huellas del sol
 cuando un desconocido silba en el bosque.*

No necesita de muchos elementos para crear un clima misterioso, sugestivo, conmovedor; son las sensaciones gozosas de un día tan lejano que parece un día de otro mundo. Y por un fino ordenamiento de los símbolos, por un apenas sugerir, esta atmósfera, se torna intemporal; el tiempo y el espacio se anulan para que el poema viva ilimitadamente.

Vamos a detenernos un poco para tocar, de paso, algunos aspectos teóricos para así hacer más claridad en el asunto que nos ocupa. La desorientación evidente, por desgracia bastante generalizada en estos dominios de la inteligencia, exige subrayar algunas ideas. De esta manera evitaremos más confusiones en un terreno, como el de la poesía de por sí bastante revuelto. Naturalmente que al buen catador de las excelencias literarias, no le pasan productos espurios. No así a aquél que suele apreciar sólo el aspecto exterior, el

dato inmediato que, a ojo de poco entendido en poesía, constituye el hecho poético "per se". Olvidando, tal vez, que la poesía verdadera no es descripción del fenómeno, no es algo exterior al fenómeno, aunque aparentemente así lo parezca, sino que un manejo sutil de relaciones a las cuales está encadenado el espíritu como suceso cultural. Es, entonces, un movimiento espiritual que apunta a las estructuras profundas de la naturaleza. Los temas y los materiales que entran en su elaboración no son, en verdad, más que meros instrumentos, vale decir, pretextos; pero pretextos que responden a vivencias y motivaciones insustituibles cuya resonancia en la memoria forma reacciones en cadena de orden lírico, por decirlo así, que expresan una determinada concepción del mundo. La poesía verdadera descansa sobre un fondo talámico, un Prana, que la estructura y le da validez como forma de conocimiento. Pero de un conocimiento muy particular que tiene sus propias vías de acceso; es el conocimiento de las relaciones y armonías puras. Aquí la intuición, la imaginación y los sueños al penetrar la parte oscura de los fenómenos sorprenden el destello vivo hasta entonces oculto.

Suele hablarse, un poco su voz, al analizar la obra de Teillier, de "poeta del paisaje" o "poeta de las cosas pueriles". La unidad que presenta su obra anula por sí misma tales definiciones de orden peyorativo. Ya que es una unidad que trasciende todo hecho fragmentario de la naturaleza y de la cultura. Lo que él nos muestra un poco entre penumbras, entre medias luces, es la unidad del todo, el sentimiento, o más exactamente, la conciencia de la unidad del hombre con el universo. De lo que se desprende que el poeta ha creado todo un sistema de símbolos en que los descubrimientos del intelecto están en fecundo maridaje con las visiones de la imaginación.

La unidad lograda es, fundamentalmente, una unidad poética. De tal modo que el lector cae en el vértigo de las sugerencias, de los matices, de los hallazgos sorprendentes. La aparente sencillez de esta poesía es engañosa. El espíritu alerta de inmediato percibe las inteligentes asociaciones, la exactitud para describir vividamente situaciones emotivas emanadas casi siempre de los anhelos frustrados de la juventud. Asimismo, es una poesía llena de significativos silencios, de ritmos secretos, de enardecidos hálitos. Para lograr este sutil juego de la experiencia imaginativa, son indispensables sensibilidad y cultura poco comunes. Son mecanismos indispensables para establecer análogicamente las asociaciones y relaciones que, por virtud de un poder del lenguaje, la palabra convertida en espíritu, va a revelar un nivel lógico imprevisto. Hasta aquí nuestro digresión, que sirva para ilustrar más ampliamente el análisis que nos hemos propuesto.

La nostalgia, la aventura, los sueños. Estos conceptos, que no son meros esquemas abstractos, sino que sistemas de fuerzas que se nutren en la existencia, son la constante en la poesía de Teillier. El mito hermoso del paraíso perdido, símbolo de los más puros ideales del hombre, subyace como una corriente de aguas profundas en sus versos. En los "Poemas del país de nunca jamás" este leitmotiv adquiere sobrecogedor dramatismo; el hombre, su destino, parece ser que se encuentran aislados, perdidos de su verdadero camino, del manantial primordial de energías. El poeta vive y sufre esta ansiedad, porque entrevé el potencial síquico y creador de la especie que pugna por su realización integral. Mientras por otra parte, fuerzas sordas, tratan de detener, de frustrar tan altos designios. Entonces el canto se repliega en la añoranza de "los verdes paraísos":

*Pues lo que importa no es la luz que encendemos
[día a día]*

*sino la que alguna vez apagamos
para guardar la memoria secreta de la luz.
Lo que importa no es la casa de todos los días
sino aquella oculta en un recodo de los sueños.
Lo que importa no es el carruaje
sino sus huellas descubiertas por azar en el barro.
Lo que importa no es la lluvia
sino su recuerdo tras las ventanas en pleno verano.*

Es el recuerdo la instancia primera. Pero es un recuerdo completamente ajeno a la presencia física de los seres y las cosas; es el recuerdo de los rasgos secretos y eternos de cada criatura u objeto que hizo impacto en su sensibilidad. Luego, van apareciendo sucesivamente aquellos seres ideales invocados. Aquellas substancias que un día instalaron su destello en la conciencia, y ahora sólo son materia del canto. Lo que importa y lo que realmente retiene en la memoria, no es el árbol, la ventana, la luz o la carreta que hunde sus ruedas en el barro; lo que el poeta vive, es la esencia, la íntima armonía adivinada en la impronta que dejó cada ser; es esa forma de gustación espiritual que produce el deslumbramiento al descubrir el alma de las cosas en su propia alma. Es una tierna, sosegada identificación con lo aparentemente humilde y pequeño, porque el poeta sabe que todo está encadenado a la historia total del universo, y está dotado de una vida singular que se niega a la muerte. Es un querer vivir desde adentro el proceso de la existencia de una flor o de un astro; es querer tocar los hilos más finos del "fenómeno humano", de la enajenación y la muerte. Porque todo deja una huella a modo de luminoso testimonio del acaecer. Luego, la realidad será esa sombra que pasa y que es iluminada por nuestros sueños?

Tal vez sea ésta la realidad del poeta; una realidad intemporal elevada, por lo tanto, a síquismos imprevisibles. Es el mundo y las cosas del mundo que discurren proyectando su sombra hacia adentro, tal la bella imagen platónica. Pero en esta poesía la reminiscencia es un instrumento espiritual para indagar tanto el pasado como el porvenir. Está circunscrita a la cultura, es decir, al proceso de humanización de la especie. Aquí hay una experiencia vital, que es la propia experiencia de su vida vinculada intelectual y patéticamente a la experiencia de la humanidad.

*Alguien me ha dicho en secreto
que la primavera vuelve.*

La primavera vuelve pero tú no vuelves.

Tu hermana ya no cree en los duendes.

Tú no sabrías escribir mi nombre

en los vidrios cubiertos de escarcha,

y yo sólo puedo contar estos recuerdos

como el mendigo sus monedas en el frío del otoño.

El fluir eterno. Los días, las noches, las estaciones; los nuevos frutos y los ríos con sus aguas cargadas de años. El retorno físico de los verdes y unas lunas precisas, cuyos rayos se distribuyen en el huerto. Algo ha quedado, sin embargo, sumergido para siempre en los abismos del tiempo. Ya no compartimos aquella intuidad sagrada con las cosas. Ciertos rasgos que el espíritu logró asir un día, han desaparecido. El mundo presenta los logros de su acción, de su movimiento eterno. Pero los sabores, los hálitos, los tonos están alterados; ya no nos pertenecen. Queda sólo el recuerdo. Ya no podremos recuperar el contexto viviente que fecundó nuestro espíritu; no podemos soñar los mismos sueños, ni tener las mismas exaltaciones, ni los mismos deslumbramientos. Una ruptura violenta se ha operado en nuestra vida. Atrás queda el paraíso de la adolescencia. Todo el manantial de asociaciones y analogías que, en ese estado de quietud en la que uno se considera un pasado ni un porvenir, sino un maravilloso presente, produzcan en la imaginación, logran sólo una calidad de símbolo. Estos símbolos, que son la urdimbre de la poesía, entrañan por una suerte de contradicción dialéctica, una rebelión. El drama de la recuperación del paraíso perdido se trueca, de esta manera, en el drama de la conquista del mundo soñado.

La verdad, la justicia; el ennoblecimiento de las relaciones del hombre para con el hombre por intermedio de la cultura, ese instrumento de "ennoblecimiento de la naturaleza" de que hablaba Thomas Mann. Tales son los alcances de esta poesía. De ahí que los materiales escogidos con preferencia por el poeta e invocados en el trance lírico, sean aquellos que con más

nitidez guarda la memoria: el paisaje del pueblo natal, un "niño que lleva un ganso debajo del brazo", el granero de los juegos con la amiga de la infancia, los caballos de cascos resonantes, el camino rural, ese camino tan vivido y soñado; el camino que simboliza la aventura,

*En la noche apagaste las lámparas
para que halláramos los caminos perdidos
que nos llevan hacia un laud roto y trajes de otra
época,
hacia una caballería ruïnosa y un granero de fiesta
en donde se reúnen muchachas y ancianos que lo per-
donan todo.*

El paisaje, los objetos agredidos por el tiempo, ese tiempo que ya no puede ser porque nosotros también estamos como él condenados. La añoranza, adquiere en esta poesía un dramatismo poco común; este motivo central expresa de un modo maravilloso el sentimiento de lo que se sabe ya no ha de volver, convirtiéndose, de pronto, en el rechazo del lento diluirse en el universo todo. La incertidumbre y la angustia de la soledad cósmica en esa larga noche que llegará fatalmente.

Mas la identificación entre poeta y paisaje es un aspecto importantísimo que no hay que pasar por alto. Poeta y paisaje un día de juvenil ebriedad inician un mismo viaje y se viven, se fecundan mutuamente en razón de la memoria, de la imaginación y la palabra, categorías que se resuelven en el sueño para la realización del poema. Vemos entonces que el paisaje en la poesía de Teillier, no es un mero escenario de tarjeta postal, sino que símbolo de un sentimiento dinámico de adhesión a las formas más puras de existencia. En este proceso de sublimación, el paisaje llega a ser el paisaje ideal; deja de pertenecer a los sentidos para transformarse en modos de la visión pura. Pero la intensidad poética aquí lograda tiene muy poco que ver con el esteticismo místico de los simbolistas, y en especial el de Mallarmé, quien postulaba un "Absoluto de goce estético más allá del pensamiento, y, por consiguiente, de las palabras significativas. Su ideal era "l'absence", la perfección que nunca está realmente presente, "el silencio que es más musical que cualquier canto". Esta metafísica del arte, si bien tuvo en su época trascendentales consecuencias para el desarrollo ulterior de la expresión poética porque mostró las posibilidades de penetrar zonas aún inexploradas del ser interior, dejó, sin embargo, fuera de su preocupación otros rasgos esenciales de la poesía. Hoy pensamos que nada de lo visible e incluso de lo invisible que se deja presentir, puede quedar al margen de la poesía. La poesía va de la mano con todas las disciplinas cuya tarea es la exploración tanto del universo exterior como

del universo interior del hombre. Todos los saberes que la humanidad atesora y que día a día va conquistando, como asimismo, las experiencias del hombre como ser social en lucha por más altos niveles de integración, son hechos que fecundan la poesía, del mismo modo que éstos, a su vez, son fecundados por ella.

El universo lírico de Jorge Teillier se sostiene, con rigor, en un humanismo impregnado en las más altas corrientes del pensamiento moderno. Entendemos este humanismo en el sentido de una imagen integral del hombre como ser natural y espiritual, y una actitud consecuente frente a los problemas centrales que inciden en la realización de su libertad y su destino.

En su último libro, *Poemas del país de nunca jamás*, notamos el mismo acento, la misma confirmación vencial. Mas, hay buecos a zonas más profundas; hay nuevas aperturas hacia ignotos territorios del espíritu. Hay destreza en la imagen: limpia, inusitada, que, adquiere, de pronto, poderes sobrecogedores. Tras aquella manera aparentemente desmañada existe, en sus versos, una atracción y sinceridad poco comunes; son versos inquietantes, por el extraño temblor que los anima, confiriéndoles una existencia que participa de la realidad y del sueño. En estas fronteras el poeta toca aguas secretas, iluminándolas:

*Ojos de extraños peces
miran amenazantes desde el cielo.
Hay que volver a tierra.
Tu perro viene a saltos a encontrarte.
Tu isla se hunde en el mar de la noche.*

Quiero llamar la atención de un modo especial en la estrofa citada. En los versos que la componen se establecen, con vivacidad sorprendente, asociaciones que dejan al espíritu en un estado de alerta. Tal vez esos versos voyan mucho más allá de la intención del poeta. El tono general del libro, la unidad que encadena todos los poemas a una idea central, incita a pensar en una elaboración consciente. El mundo del poeta se ha ensanchado, se ha enriquecido, su registro ha ganado en amplitud. A las puertas de las posibles migraciones a otros planetas, el poeta con un conmovedor fervor telúrico presente la futura nostalgia del hombre por la tierra. Estos versos fueron escritos en un estado premonitorio singular. Habla de los futuros regresos a esta isla de materia que se hunde "en el mar de la noche". Con cuanta finura y delicadeza nos habla de cosas verdaderamente tremendas. Es como un ademán lejano, un susurro, casi un silencio que pone tonalidades dubitativas en el destino del hombre. Es el llamado humilde, a la vez que apasionado, para que ésta, nuestra estrella, siga nutriéndose con nuestros sueños y nuestra sangre. No hay que alejarse mucho del ho-

gar ... Y, si esto llega a suceder, ¡cuán maravilloso es el regreso! Aquí la poesía de Jorge Teillier logra la intensidad característica de toda gran poesía; sin falsa retórica, con el señorio del que sin levantar la voz dice cosas fundamentales, se revela como el cantor del Regreso. Al efecto, los *Poemas del país de nunca jamás* son, precisamente, los poemas del Regreso. De todos los regresos: los pasados, los presentes y los futuros regresos. La bella parábola del Hijo Pródigo es recreada en este libro con tal elevación, con tal sentimiento evocativo, que el motivo bíblico adquiere proyecciones insospechadas. El poeta crea el mito de todos los regresos del hombre. Y quien dice regresos habla al mismo tiempo de partida; dos actitudes que se funden para significar el más excelso movimiento del espíritu: la aventura.

El poema *Historias de Hijos pródigos*, que es como la columna vertebral de este libro, se inicia con un verso que por sí mismo crea la atmósfera de encantamiento, de conjuro, que se extiende a lo largo de todo el poema:

Aquí se encienden velas.

La vela es un símbolo votivo; es símbolo también de la intimidad del hogar. A la luz de una vela se leyeron allá en el hogar provinciano, los primeros cuentos de hadas, o se inició la "lectura de Julio Verne y de Salgari". La llama ritual de la vela ilumina el recuerdo de los primeros sueños y las primeras fascinaciones. De ahí que el poema se inicie con esta invocación, formula que pondrá en movimiento las innumerables fuerzas y elementos constitutivos de su razón lírica. Entonces llega la hora del reconocimiento: son los parientes y también los objetos que llegan al encuentro ...

*Poco a poco nos reconocen los parientes y las cosas.
La arrugada pared de madera que de nuevo reconre
[nuestras manos.*

*La escalera quejumbrosa
en donde espera un sueño
que en vano intentará cerrar nuestros ojos.*

*En el silencio no se sonríe a nadie.
Sólo una niña que aún no sabe hablar
sigue hablando con su sombra.
Quizás es la sombra de una muerta
que quisiera comunicarse con nosotros.*

Aparentemente todo es igual, no obstante, el espíritu está bajo la presión de un aire enrarecido que presagia toda clase de sorpresas. Los mismos vientos, las mismas constelaciones, la misma lluvia, los mismos objetos; pero casi irreconocibles; todo tiene un aspecto herrumbroso y un sabor lejano. Luego, el padre reconoce al

su hijo, mas el hijo no puede reconocer al padre; una criatura que aún no puede hablar, pero que conversa con su sombra. Los símbolos son muy claros; las fuerzas oscuras que mantienen el ritmo de la vida y de la muerte han sido sometidas a un orden de belleza que refleja un estado de ánimo casi de ausencia frente a lo que ya no es más que la pátina dolorosa de un tiempo ido. Con todo subyacen las leyes biológicas, la procreación, el árbol familiar, que se ramifica sin hacer caso a nuestras aprensiones, al torbellino de nuestros recuerdos, donde ya sólo se agitan fantasmas.

*Porque en un gesto inmemorial no han sido
ofrecidos el pan y el vino,
así como toda la Vía Láctea cabe en el cuadrado
de la ventana,
cabe en solo momento de esta herrumbrosa
noche de invierno
un tiempo verdadero
del que sobreviven las semillas del pan y del vino.
Un tiempo como el girar de un trompo en la
mano o el girar de las estaciones
y los planetas
en donde todos tenían su tarea perfecta
y artesanos y comerciantes,
pastores y labradores,
escribas y sacerdotes,
bebían en paz el vino fraterno al final de la
jornada, rodeados de la música de las
constelaciones y los árboles,
mientras las mujeres aguardaban junto a niños
y frutos dormidos en el hogar, con el
fuego y el amor que no cesa.*

El pan y el vino, símbolos de la fraternidad y la adhesión a las fuerzas vivas, a la materia y los mundos que siempre han sembrado inquietud en la mente del hombre y exaltando la imaginación con sus enigmáticos periplos y su obsesionante presencia. "... las semillas del pan y del vino", es lo que sobrevive. Es decir, aquella ebriedad del espíritu creadora de valores y exaltadora de los sentimientos profundos de la amistad y el amor. Las imágenes del fragmento anteriormente citado, son de una particular fuerza evocativa, se nota que está escrito bajo el impulso de un sentimiento poderoso, y nos demuestra, al mismo tiempo, que Teillier está en pleno dominio de su arte. En todos los poemas de este libro existe esta tensión dramática que le da unidad. Son como secuencias de un estado de ánimo siempre cambiante sostenido, en lo esencial, por pensamientos que se funden unos a otros, como esfumándose, pero que dejan una atmósfera y producen un efecto.

El último poema de este libro es como una rúbrica

escéptica que el poeta pone sobre el mundo; pero es un escepticismo vital, proviene de una lucha interior que se adivina problemática, por lo tanto, pasajera, es decir, superable. Pues deja entrever que el caminante puede cicatrizar las heridas, por dolorosas que sean, y proseguir su ruta. No renuncia al viaje; por el contrario, se apronta a nuevas exploraciones en los vastos dominios del espíritu. Cree en la potencia humana y en la fuerza de la inteligencia, y se apronta para encontrar más allá de la fría razón los signos ardientes de "nuevas posibilidades de placer o de dolor".

*Acompañennos
a nosotros que hemos visto al sol
transformarse en un girasol negro.
A nosotros que hemos sido convertidos
en hermanos de las máscaras muertas
y de las lámparas que nada iluminan
y sólo congregan sombras.
A nosotros
los desterrados en un lugar donde nadie
conoce el nombre de los árboles,
donde vimos todo próximo amor
como una próxima derrota,
toda mañana
como una carta que no abriremos.*

*Acompañennos,
porque aunque los días de la ciudad
sean espejos que sólo pueden reflejar
nuestros rostros destruidos,
porque aunque confiamos nuestras palabras
a quienes decían amarnos
sin saber que sólo los niños y los gatos
podrían comprendernos,
sin saber que sólo los pájaros y los girasoles
no nos traicionarían nunca,
aún escuchamos el llamado de los rieles
que zumbaban en el mediodía del verano en que
abandonamos la aldea,
y en sueños nos reunimos para caminar
hacia el País de Nunca Jamás
por senderos retorcidos iluminados
sólo por las candelillas y los ojos encandilados
de las liebres.*

La vida, con sus triunfos y sus derrotas; el espíritu siempre desplegado buscando y creando nuevas posibilidades de asombro. Y por estas tierras roturadas el poeta sigue su conmovedor viaje; su maravillosa aventura a través de la conciencia de que lo ilimitado, percibido en los años juveniles, son sus dominios, y de que por los modos del arte, se logra la sublimación, transformándose así en el viaje, en la aventura intensamente vivida de la conciencia humana.